



CONCURSO DE ENSAYO 2025

MUJERES Y DEMOCRACIA EN TABASCO

ENSAYO GANADOR
DEL 2o. LUGAR



Instituto Electoral y de Participación
Ciudadana de Tabasco

"Tu participación, es nuestro compromiso"



RED CIUDADANA
de difusión y promoción
de la Cultura Democrática del IEPC Tabasco



ENSAYO

TESTIMONIO DE UNA MUJER YOKOT'AN EN LA VIDA DEMOCRÁTICA DE TABASCO

**Autora: Yuria Selene
Álvarez Moreno**

Introducción

Cuentan las abuelas que la palabra tiene espíritu. Que cuando se pronuncia con verdad, despierta a los que escuchan y hace germinar la memoria. En mi pueblo, la palabra no se lanza como así: se siembra, como el maíz. Por eso, antes de escribir, cierro los ojos y escucho la voz de mi madre que me decía: no olvides quién eres, aunque el mundo te cambie el nombre.

Crecí viendo a las mujeres cargar sobre sus espaldas la historia entera del pueblo, sin pedir reconocimiento. Ellas cocinaban, curaban, enseñaban y resistían, pero su nombre no aparecía en las actas ni en los discursos. Cuando se hablaba de política, ellas bajaban la mirada, no por vergüenza, sino por costumbre: porque por mucho tiempo nos hicieron creer que decidir y decir, era cosa de hombres.

Cuando tuve la oportunidad de estudiar en la universidad, entendí que el silencio también es una forma de opresión. En las aulas aprendí conceptos como “ciudadanía”, “democracia” y “derechos políticos”, pero al regresar a casa me di cuenta de que esas palabras no siempre encuentran eco en nuestra realidad. La democracia parecía algo lejana, una promesa escrita en los periódicos, pero ausente en los caminos de lodo donde las urnas llegan con retraso o no llegan nunca.

Sin embargo, la creación de las acciones afirmativas por parte del Instituto Electoral y de Participación Ciudadana de Tabasco (IEPCT) así como su compromiso con la inclusión, dio un respiro a esa historia de silencios. Por primera vez, las mujeres indígenas, afrodescendientes y con discapacidad fuimos vistas como sujetas de derechos, no como figuras decorativas para cumplir con la ley. El IEPCT, con su trabajo constante, no solo abrió espacios: nos miró, nos escuchó y nos dio la posibilidad de escribir también nuestra parte de la historia.

Como indígena que ha tenido la suerte de recibir educación superior, sé que la democracia mexicana, y la tabasqueña, sigue teniendo deudas con sus pueblos originarios. Las acciones afirmativas son un paso importante, pero aún queda el camino largo del cambio cultural, donde la participación de las mujeres no se mida por el número de candidaturas, sino por la transformación real de las condiciones de vida en nuestras comunidades.

Escribo desde la certeza de que la democracia no se decreta desde arriba, sino que se cultiva desde abajo, con paciencia, con comunidad y con esperanza. Porque al final, como dicen los viejos del pueblo, la palabra que se dice con el corazón, tarde o temprano encuentra su camino. Y hoy, esa palabra tiene rostro de mujer yokot'an.

Mujeres indígenas y democracia

Hubo un tiempo en que las mujeres hablaban con el viento, pero el viento no les contestaba de vuelta. Las palabras se perdían entre los árboles, se quedaban atrapadas en las paredes de las casas, o morían en las orillas del fogón. Así crecimos muchas de nosotras: aprendiendo a callar, a obedecer, a hablar bajito para no incomodar. El silencio fue una herencia que pesó más que los trajes bordados.

La democracia, esa palabra que en la escuela se enseña como sinónimo de libertad y participación, nos llegó tarde. Llegó cuando las decisiones ya estaban tomadas, cuando los mapas políticos no sabían pronunciar los nombres de nuestras comunidades, cuando nuestras lenguas no eran consideradas parte del país. Nosotras, las mujeres yokot'an, fuimos por siglos el borde del retrato nacional: visibles en las estadísticas, invisibles en los derechos.

Cuando escuchaba hablar de "ciudadanía", me preguntaba si las mujeres del pueblo entraban en esa definición. Mi abuela nunca tuvo credencial para votar; mi madre la obtuvo, pero pocas veces la usó. No por indiferencia, sino porque los partidos no hablaban su idioma ni sus preocupaciones. ¿Cómo confiaren una democracia que no te reconoce, que no te ve, que no te escucha?

Sin embargo, la historia no se detiene. El eco del silencio comenzó a fracturarse cuando las mujeres indígenas de todo el país alzaron la voz desde sus territorios. Algunas desde Chiapas, otras desde Oaxaca, desde la Sierra Tarahumara o la Huasteca, hasta llegar a Tabasco. Cada palabra fue una piedra arrojada al estanque de la indiferencia. Y las ondas de esas piedras llegaron también a las instituciones.

El IEPCT comprendió que la democracia no puede florecer sobre terreno desigual. En sus manos, las acciones afirmativas dejaron de ser un discurso y se convirtieron en un camino: cuotas para mujeres indígenas, lineamientos para garantizar paridad en los cargos municipales, capacitación en lengua materna, y sobre todo, reconocimiento simbólico. Porque el primer acto de justicia es nombrar al otro.

Recuerdo la primera vez que vi mi lengua escrita en un cartel electoral: "K'iyokot'an juñtyäxäl juñ we'ne" —"Mujer yokot'an, tu voz también cuenta." Sentí algo parecido a la alegría, pero también a la responsabilidad. Ya no podíamos seguir callando. La palabra, cuando se reconoce, pide acción.

Aun así, el silencio no desaparece del todo. En las comunidades todavía hay quienes creen que la política corrompe, que es asunto de los hombres, o que participar es traicionar las costumbres. Pero, ¿acaso no es también una costumbre cuidar la tierra, enseñar a los hijos, sostener la comunidad? Si eso no es hacer política, ¿qué lo es?

Las mujeres yokot'an hemos aprendido que la democracia empieza en el hogar, cuando una niña puede decir lo que piensa sin miedo; en la escuela, cuando una maestra indígena enseña historia desde nuestra mirada; y en la comunidad, cuando una mujer puede alzar la voz en la asamblea y ser escuchada. La urna es solo el final del camino. El principio está en el valor de hablar.

Hoy, cada vez que escucho el murmullo del río, pienso que en su corriente viajan las voces de nuestras ancestras, aquellas que nunca votaron pero que nos enseñaron a resistir. Ellas son las verdaderas fundadoras de la democracia que hoy intentamos construir. El IEPCT, con sus programas y acciones, ha tendido un puente entre su silencio y nuestra palabra. Un puente frágil todavía, pero necesario.

Porque una democracia que no escucha a las mujeres indígenas es apenas una sombra de sí misma. Pero una democracia que les da voz, espacio y respeto, se convierte en algo más grande que una forma de gobierno: se vuelve comunidad, se vuelve esperanza, se vuelve río que no se detiene.

El IEPCT como espacio de resistencia y esperanza

En mi pueblo se dice que cuando alguien tiende un puente sobre el río, no solo une orillas: une también historias. Así entiendo yo las acciones afirmativas del IEPCT, como puentes tendidos entre mundos que por mucho tiempo permanecieron separados. Uno, el de las instituciones, con su lenguaje de leyes y reglamentos; otro, el de nuestras comunidades, con su lenguaje de tierra, trabajo y memoria.

Durante generaciones, las mujeres yokot'an observamos el juego político desde afuera. Era un escenario donde no había lugar para nosotras. Los hombres hablaban de estrategias, los partidos de candidaturas, los periódicos de campañas, y nosotras seguíamos cuidando la casa y el campo, sosteniendo el tejido social sin aparecer en las fotografías del poder. Las leyes hablaban de igualdad, pero no sabían cómo pronunciar nuestras voces.

Cuando el IEPCT impulsó las acciones afirmativas, algo se movió en el fondo de ese silencio. Por primera vez, una institución nos reconocía no como víctimas, sino como actoras con derecho a participar. La paridad de género dejó de ser una cifra en los lineamientos para convertirse en una posibilidad real para las mujeres indígenas, afrodescendientes, jóvenes y con discapacidad.

No fue un regalo, sino el resultado de una larga lucha colectiva, pero su valor radica en que el Estado escuchó. El IEPCT entendió que la democracia no puede ser solo procedimental, sino también reparadora. Que para equilibrar una balanza desigual hay que dar más peso al lado que la historia olvidó.

Recuerdo la primera capacitación a la que asistí en mi municipio. Llegaron funcionarias del Instituto con sus carpetas y sus laptops. Nosotras llegamos con nuestras libretas y con nuestros niños a cuestas. No hubo distancia. Las funcionarias escucharon nuestras historias, nuestras dudas, nuestras palabras en yokot'an. Hablamos de cómo acceder a una candidatura, cómo denunciar la violencia política, cómo hacer valer nuestros derechos. Ese día entendí que la democracia también se enseña y se aprende.

El impacto de esas acciones se siente más allá de los procesos electorales. Las mujeres que han participado como candidatas regresan a sus comunidades con otra mirada. Han aprendido a hablar en público, a dialogar, a tomar decisiones. Han sembrado en otras mujeres la idea de que también pueden. Y eso, más que cualquier decreto, transforma la realidad.

Pero no todo es sencillo. A veces, las resistencias no vienen de afuera, sino de dentro. Hay quienes creen que las cuotas o las acciones afirmativas son una "concesión" injusta. Otros las interpretan como imposición. Sin embargo, ¿cómo hablar de igualdad si no se reconocen las desigualdades históricas? Las acciones afirmativas son, en verdad, actos de justicia que buscan equilibrar siglos de exclusión.

El IEPCT ha demostrado que una institución pública puede actuar con sensibilidad y con visión. Que la paridad no es un requisito burocrático, sino una convicción ética. Gracias a sus programas de inclusión y capacitación, las mujeres yokot'an hemos encontrado aliados dentro del propio sistema. Y eso no es poca cosa.

Hay quienes piensan que las instituciones no cambian, pero yo he visto lo contrario: he visto cómo una funcionaria del IEPCT escucha con respeto a una anciana que habla en su lengua, cómo se consulta a las comunidades en una consulta pública para la construcción de las acciones afirmativas, que, al final, nos legaron un distrito indígena. Eso, para mí, es resistencia. Una resistencia tranquila, institucional, pero profunda: la resistencia de quienes creen que la democracia debe tener rostro humano.

Por eso hablo de esperanza. Porque la paridad no es solo un número, es la promesa de que nuestras hijas ya no tendrán que pedir permiso para participar. Es el compromiso de que el Estado seguirá abriendo caminos hasta que la igualdad deje de necesitar apellidos como “sustantiva” o “inclusiva”. Y es también una invitación para nosotras, las mujeres yokot’an, a no quedarnos en la orilla, sino cruzar el puente y construir, desde dentro, una democracia que hable con nuestra voz.

Sembrar palabra nueva

Dicen los viejos del pueblo que la juventudes como el cacao: si se cultiva con cuidado, da fruto dulce; pero si se olvida, se amarga. Cuando pienso en mi camino, como mujer yokot’an, recuerdo esas palabras. Porque la educación y la participación política han sido para mí una siembra: lenta, incierta, pero llena de vida.

Llegar a la universidad fue como abrir los ojos a otro mundo. Mis primeros días en Villahermosa fueron un torbellino de asombros. Las avenidas, los edificios, las pantallas, el ruido: todo me resultaba ajeno. Pero lo que más me desconcertó fue descubrir que casi nadie conocía el nombre de mi pueblo. Para muchos, “yokot’an” era solo una palabra extraña. Allí comprendí que estudiar no solo sería aprender libros, sino también defender la existencia de mi gente.

En la universidad conocí a otras jóvenes indígenas, afrodescendientes, rurales. Compartíamos el mismo miedo de ser vistas como extrañas y el mismo anhelo de ser escuchadas. Entre clases y tareas, hablábamos de política, de derechos, de identidad. Aprendí que la educación no debe alejarnos de nuestras raíces, sino fortalecerlas. Porque cuando una mujer indígena pisa un aula, no llega sola: lleva consigo las voces de todas las que no pudieron hacerlo.

El IEPCT ha comprendido esa relación entre educación y participación. Sus programas dirigidos a la juventud, sus concursos de ensayo, sus foros y sus talleres no son simples actividades: son espacios de siembra. Allí germina la conciencia de que la democracia no es solo votar, sino pensar, dialogar, organizarse. Cuando una joven yokot’an escribe sobre su realidad, cuando levanta la voz en una tribuna o participa en una consulta, ya está haciendo política.

Sin embargo, el camino educativo de la juventud indígena sigue lleno de obstáculos. Las distancias geográficas, la falta de transporte, la pobreza y la discriminación aún impiden que muchas jóvenes puedan estudiar. A veces, la decisión de seguir en la escuela implica dejar atrás a la familia, enfrentar burlas, y soportar la nostalgia del río y del hogar. Por eso, cuando una de nosotras logra concluir una carrera, no es un triunfo individual: es un logro colectivo.

He visto cómo el acceso a la educación despierta en las jóvenes un sentido nuevo de pertenencia. No una que las aleje del territorio, sino una que las vincula desde otro lugar. Al conocer las leyes, las políticas públicas y los derechos ciudadanos, entendemos que podemos transformar la historia. Ya no somos solo herederas del pasado, sino constructoras del futuro.

Los programas del IEPCT han sido fundamentales en ese despertar. Gracias a ellos, muchas jóvenes han conocido sus derechos políticos, han aprendido a usar el lenguaje de las instituciones y a traducirlo al lenguaje del pueblo. Esa traducción es esencial: no basta con ocupar espacios, hay que llenarlos de sentido comunitario.

Queremos una política que escuche el ritmo de los pueblos, que respete la naturaleza y reconozca la sabiduría de nuestros mayores. La educación nos ha dado herramientas para dialogar con el Estado, pero también para cuestionarlo cuando se aleja de la justicia.

Por eso digo que la palabra nueva que sembramos desde la juventud no es solo la del idioma español o el académico, sino la palabra que une dos mundos: el de la tradición y el del conocimiento moderno. En esa unión está nuestra fuerza. Somos hijas del río, pero también del libro; del maíz, pero también del aula.

Y cuando esas dos corrientes se encuentran, nace algo distinto: una generación de mujeres indígenas que ya no pide permiso para hablar, sino que propone, participa y decide. Somos la semilla de una democracia que no solo incluye, sino que aprende a escuchar. Y aunque el camino es largo, sabemos que las semillas tardan, pero florecen.

Democracia con rostro de mujer yokot'an

Cuando una mujer yokot'an se mira al espejo de la democracia, lo que ve no siempre la refleja. A veces, el cristal está empañado por el olvido, otras veces manchado por el desprecio. Pero últimamente, he notado que el reflejo comienza a aclararse: poco a poco, entre esfuerzos, decisiones y voces que no se rinden. Ese cambio no ha venido solo —ha sido sembrado desde los pueblos, pero también acompañado por instituciones que aprendieron a mirar distinto—.

El Instituto Electoral y de Participación Ciudadana de Tabasco ha sido una de esas manos que ayudan a limpiar el espejo. Con sus acciones afirmativas y su compromiso por la paridad sustantiva, ha abierto rendijas de luz por donde entran las mujeres indígenas, afrodescendientes y con discapacidad. Nos ha enseñado que la representación no es caridad, sino justicia. Que ocupar un cargo no es un favor, sino un derecho.

Pero aún falta camino. La democracia con rostro de mujer yokot'an no se logrará solo con cuotas o con leyes; se logrará cuando el respeto a nuestra voz deje de depender de una firma en el Diario Oficial y se convierta en práctica cotidiana. Porque la discriminación no solo se vive en los reglamentos, sino también en los gestos, en las reuniones donde nos interrumpen, en los discursos donde se nos nombra, pero no se nos escucha.

Aun así, hemos aprendido a resistir sin romper. Nuestra crítica es leal, como el maíz que sigue naciendo, aunque el suelo se endurezca. Sabemos que las instituciones pueden cambiar si dentro de ellas hay mujeres con memoria y convicción. Por eso, muchas de nosotras participamos en los talleres, en las consultas, en las mesas de diálogo que el IEPCT ha impulsado. Desde ahí tejemos alianzas, sembramos confianza y recordamos que la democracia también se hace con paciencia.

Nuestros retos no son pocos. En los pueblos yokot'an, la pobreza y el machismo todavía levantan muros invisibles. Las mujeres que quieren participar enfrentan críticas, burlas y, a veces, el peso del silencio. "La política no es para mujeres", nos dicen algunos. Pero nosotras respondemos con trabajo, con palabra, con dignidad. En cada reunión comunitaria, en cada comité, en cada urna, hay una mujer que rompe una frontera más.

Soñamos con un futuro donde la democracia tenga no solo rostro de mujer, sino voz de pueblo. Donde las decisiones no se tomen lejos del territorio, sino en los patios, bajo las ceibas, entre los niños y los tamales calientes. Donde el poder no sea dominio, sino servicio. Esa es la democracia que el pueblo yokot'an quiere construir: una que no divida, sino que reúna.

En ese horizonte, el IEPCT tiene una tarea profunda: seguir escuchando, seguir formando, seguir acompañando. Que sus programas no se queden en las capitales, sino que lleguen a los ríos, a las comunidades, a los centros ceremoniales. Que los materiales educativos estén en nuestra lengua, que las capacitaciones respeten nuestros tiempos y nuestras formas.

Nosotras, las mujeres yokot'an, no queremos ser figura decorativa de la democracia. Queremos ser su raíz, su semilla y su fruto. Queremos un sistema electoral que no solo cuente votos, sino historias. Que mire los rostros de quienes caminan kilómetros para emitir su decisión. Que entienda que detrás de cada boleta hay un corazón, una familia, una comunidad que sueña.

Por eso, cuando me preguntan qué espero de la política, respondo: "Que aprenda a mirar con ojos de mujer yokot'an". Porque solo así verá lo que no se ha querido ver: la sabiduría de nuestras abuelas, la fuerza de nuestras madres, la esperanza de nuestras hijas.

La democracia, cuando es verdadera, no es un edificio de concreto ni un discurso de campaña: es una milpa. Y como toda milpa, necesita tierra fértil, agua limpia, manos cuidadosas y tiempo. Nosotras seguimos sembrando, porque sabemos que los frutos llegan cuando se siembra con amor y con justicia.

Conclusiones

La palabra que camina

Cuando cierro los ojos y recuerdo el camino recorrido, veo el rostro de mi madre bajo el sol, con el rebozo lleno de sudor y esperanza. La escucho decirme, Estudia, hija, para que tu palabra tenga fuerza. Y pienso que eso es exactamente lo que hemos hecho las mujeres yokot'an: darle fuerza a la palabra. Una palabra que antes se quedaba en los patios, en las cocinas, entre las manos que tejían o molían maíz; y que ahora camina por las aulas, los foros, los consejos y las urnas.

Nuestra palabra ya no se esconde. Habla, pregunta, propone. Se vuelve discurso, propuesta y también ley. Pero no lo hace para imponer, sino para dialogar. Porque nuestro modo no es el de la confrontación vacía, sino el de la crítica leal: esa que se atreve a señalar las fallas del sistema sin renunciar a transformarlo desde dentro. En esa fidelidad consciente hemos encontrado nuestra fuerza política y moral.

El Instituto Electoral y de Participación Ciudadana de Tabasco ha sido un aliado en este proceso. A través de sus acciones afirmativas y su compromiso con la paridad sustantiva, nos ha permitido ocupar espacios que antes nos eran negados. Pero más importante aún, ha reconocido que nuestra presencia no es solo un número en una lista, sino una voz que cambia el sentido de la democracia.

Las mujeres yokot'an hemos aprendido que la democracia no se limita al día de la elección. Es también la asamblea comunitaria donde se discute el uso del agua; es la reunión donde una mujer toma la palabra sin que la interrumpan; es la defensa del territorio frente a proyectos que amenazan nuestra vida; es la educación que nos permite escribir nuestra propia historia.

El camino que sigue no será sencillo. Las estructuras de poder son como los viejos árboles de ceiba: grandes, enraizados, difíciles de mover. Pero también sabemos que los ríos, aunque parezcan suaves, terminan por moldear las piedras. Así trabajamos nosotras: con constancia, con paciencia, con dignidad.

Queremos una democracia que entienda la diferencia no como obstáculo, sino como riqueza. Que escuche el ritmo de nuestras lenguas, que respete nuestros saberes, que reconozca nuestras formas de organización. Que no tema al color del rebozo ni al sonido del tambor. Queremos una política que no traduzca la diversidad en estadísticas, sino en decisiones compartidas.

La universidad nos ha dado herramientas, pero fue el pueblo quien nos dio propósito. Estudiar no nos apartó del territorio; al contrario, nos enseñó a mirarlo con nuevos ojos. Desde esa mirada doble, académica y comunitaria, comprendemos que el futuro no puede construirse sin las mujeres indígenas. No hay democracia posible si uno de sus corazones sigue silenciado.

Por eso, el compromiso sigue vivo. Nuestra lealtad no es ciega, sino consciente: leal a las instituciones cuando abren espacio, y firme cuando olvidan a quienes dicen servir. Leal a la justicia, a la memoria y a la vida digna.

Decimos en yokot'an: "Bäjka ju'ts ma'yan", que significa "la palabra camina". Así entendemos la democracia: como algo vivo, en movimiento, que se transforma con cada paso. Nuestra palabra seguirá caminando mientras haya injusticia, pero también mientras haya esperanza.

Y si alguna vez la política se olvida de nosotras, volveremos a hablar, a escribir, a votar, a participar. Porque no luchamos por reconocimiento, sino por permanencia. Queremos que las niñas que hoy aprenden a leer en yokot'an sepan que también ellas pueden escribir las leyes, dirigir un instituto, o decidir el rumbo de Tabasco.

La palabra camina, sí. Pero ahora no camina sola. Camina con nosotras, con las que abrieron la brecha, con las que vienen detrás, y con las instituciones que se atreven a escuchar. Camina por el río, por las urnas, por los caminos de tierra. Camina, como camina el pueblo yokot'an: despacio, pero con certeza.

Porque cuando una mujer yokot'an habla, la democracia respira.

Bibliografía

Aparicio, M., & Ramírez, L. (2022). Democracia paritaria e inclusión indígena en México. Instituto Nacional Electoral.

Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH). (2023). Acciones afirmativas y participación política de las mujeres indígenas en México. CNDH. Instituto Electoral y de Participación Ciudadana de Tabasco (IEPCT). (2024). Informe sobre paridad de género y acciones afirmativas en el proceso electoral 2023-2024.

Ilagarde y de los Ríos, M. (2018). Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. Siglo XXI Editores.

Paredes, J. (2015). Hilando fino desde el feminismo comunitario. La Paz: Mujeres Creando.

ONU Mujeres. (2022). Participación política de las mujeres indígenas en América Latina. Naciones Unidas.

El contenido del ensayo, su estilo, y las opiniones expresadas en él, son responsabilidad de la autora y no necesariamente reflejan la opinión del INSTITUTO ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE TABASCO.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de la autora y el INSTITUTO ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE TABASCO.

©Derechos Reservados conforme a la ley.